

La isla del tesoro

Episodio 20. Dignidad

Locutor: El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, *en 2020*.

Narrador: *¿Qué es la dignidad? ¿El reconocimiento del valor inherente a cada persona, independientemente de su origen, raza, género, religión o cualquier otra condición? ¿La expresión del valor esencial e irrestrictible de cada ser humano? ¿El fundamento de sus derechos? ¿La expresión profunda del respeto, la empatía y la valoración entre personas?*

Alejandra Corro, Aura Núñez, Julio Márquez, Juvenal Robles y Arturo Lago, gestaron un plan para construir dos embarcaciones de buen tamaño, que además de personas transportarían víveres y agua suficiente para vivir en altamar por tres semanas. Tendrían sistemas de locomoción basados en enormes ruedas de paletas laterales, además de remos y velas.

Una ingeniera civil, una diseñadora industrial, un ebanista y dos experimentados pescadores habían desarrollado los planos y reunido la materia prima necesaria para la construcción de las naves.

Algunos miembros de la tripulación del *Iustitia* inmediatamente se manifestaron dispuestos a colaborar. Aseguran que el éxodo de la

comunidad de la isla es viable, especialmente en esta época del año.

Ha pasado casi un año desde que el transbordador Iustitia nos abandonó en esta isla. Hoy estamos aquí casi las mismas personas, pero siento que somos diametralmente diferentes. *Como personas y como comunidad.*

Quizá tenemos aún mucho por cambiar, para acomodarnos a las necesidades que van surgiendo. Sin embargo, somos autosuficientes, autosustentables y, lo más importante, estamos vivos.

Nuestros actos, encaminados en principio a la supervivencia del enorme grupo de gente que fuimos, nos han dirigido hasta la conformación de una comunidad. Somos una sociedad con 127 metas en lo colectivo, y nos hemos consagrado al desarrollo, la integridad y la felicidad de cada una de las demás personas. Construimos y protegemos la dignidad, aquello que nos hace iguales. Creamos, a nuestro modo, instituciones y leyes, con el impulso de quien sueña y da un abrazo.

Desde que partió el misterioso buque sin bandera, no hemos vuelto a ver presencia ajena a la isla. Sin embargo, la aterradora historia que comparte con los naufragos moradores de la extinta finca Christian vela nuestras pesadillas.

El miedo es, sin duda, una de las razones que despertaron en algunas personas la necesidad de partir, y es un importante argumento que ha ido convenciendo a más gente.

Inexplicablemente no hemos sufrido en esta isla el embate de huracán o tormenta alguna. Sólo las lluvias vespertinas que alimentan la espesura, y que apenas levemente un monzón veraniego intensifica, nos hacen saber que nuestra isla no es un

microclima encapsulado. El mar se mueve, el cielo también. Nos miran y pasan de largo.

No podemos descartar, sin embargo, que un día se junten sobre nosotros.

Mi nombre es Esteban Ramos. En la isla me llaman por mi apellido. Soy abogado. Por un año he sido testigo y cronista del nacimiento de una sociedad, y con ella, aunado a ella, del necesario nacimiento de nuestra ciencia del Derecho.

En el proceso, he ido conformando un tesoro, una colección ordenada de palabras, y me ha sorprendido la relación de nuestras acciones con varios términos jurídicos, y con varios otros que siendo familiares al habla cotidiana, dan forma y sentido al universo jurídico. Por lo pronto, al universo jurídico de nuestra sociedad en nuestra isla.

Llegué a esta isla con 125 personas más, habiendo sido parte de una enorme civilización. Durante un año nos hemos reinventado para crear otra.

He aprendido más que nunca.

En nuestra comunidad hay más de 15 niños y niñas, y unos 10 adolescentes, entre hombres y mujeres. Sus padres y madres no parecen muy contentos con la idea de algún día ser los abuelos de una población endémica.

En muchos casos, la paternidad implica expectativas originadas bastante tiempo atrás. Y las personas se pueden adaptar para los retos de su presente, pero quien sabe cuánto tiempo prevalece el apego a una visión formada de su prole en el futuro.

Tal como ha ocurrido en cada viraje de la historia, notamos que el mundo ha cambiado para nosotros, pero un intenso y visceral

impulso de restauración de un pasado perdido nos impele a recuperar las expectativas que definieron nuestra vida anterior. Aunque sepamos que podemos arrepentirnos, y muy pronto.

Desde hace mucho, asumimos que la isla está en algún punto del océano pacífico, un punto entre las islas y archipiélagos que forman la polinesia, la micronesia y la melanesia.

Como suele pasar en la incertidumbre, una paradoja nos expulsa del impaz: quizá nunca sabremos dónde hemos estado si permanecemos aquí.

Partiremos. Y si el destino no es propicio, ojalá podamos saber cómo volver.

Hay dos personas que no se irán de la isla: Sabino Díaz y Lidia Torres.

Desde que llegamos, la Señora Árbol tuvo una notoria mejoría de su salud. Solíamos decirle que probablemente ella, con todo y el desahucio médico, viviría más que nadie de nosotros.

Hace dos semanas, la Doctora Soto notó algunos signos de una violenta reaparición de la enfermedad en Lidia. *Ella misma dijo saber que el final estaba cerca.*

Ayer, mientras yo regresaba del astillero que se improvisó en la bahía de las esferas, vi una enorme parvada de grullas salir de la espesura y surcar el cielo rumbo al oriente. Era tan grande que sentí que tapó el sol por casi un minuto.

Luego vi a Lourdes Thomas corriendo rumbo a la aldea. Nos avisó que Lidia, la queridísima matriarca de nuestra comunidad, estaba muriendo.

La Señora Árbol, como la bautizó la pequeña Vera, estaba perdiendo facultades poco a poco, por lo que anticipándose a la

progresiva inmovilidad que se cernía sobre sus últimos días, se internó en la selva y trajo en la palma de su mano una hermosa ranita multicolor.

En muchas latitudes, ese bello camuflaje en la piel de los batracios es signo ineludible de veneno letal.

Lidia Torres no quiso que el cáncer la abatiera a cuentagotas.

En medio de la parálisis que el veneno provocó, su corazón apresuró todo lo que tenía que latir durante años. Aun así, su rostro era afable, jovial y muy sereno.

Nadie supo en qué momento expiró realmente, pues su mirada, su aliento y su latir, eran sólo ecos desde hacía largos minutos.

A unos metros del faro habrá dos tumbas. Y el recuerdo entrañable de 124 personas aún vivas.

Por única ocasión, permitimos que Lester Taylor y David Rendón acudieran como todos al entierro de la Señora Árbol. A su siembra en la isla, dijo la pequeña Vera esta vez.

—*Naveguen hacia el lado del mar donde sientan que deben estar*
—dijo Lidia al capitán Flores, un día antes de levar su propia ancla del mundo. Con voz quebrada, dando la espalda al horizonte, él nos transmitió el mensaje de Lidia.

En ese momento, Vera liberó, esta vez a gritos, y secundada por varios niños, dos palabras mágicas que nunca mejor vocera pudieron tener.

—¡El barco!

Lento, vacío y sin más prisa que el oleaje de la tarde, se acercaba a nosotros el transbordador Iustitia.

Locutora: A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

Narrador: La Isla del tesouro.

Locutor: No te pierdas el próximo episodio.